

El tren que giró hacia atrás

Damara Haniel Cedillo Tenorio

Era el último vagón del último tren, y por eso nadie más vio cómo los asientos de plástico se convirtieron en madera tallada con iniciales españolas y una fecha: 1939.

El chirrido de las ruedas sonó distinto esa noche, más gutural, como si estuvieran arrastrando cadenas. Alejandra abrió los ojos y el mundo se había transformado: los asientos del metro ya no eran azules, sino de cuero agrietado por el tiempo. El aire olía a cigarrillos amargos y arena de playa, igual que su abuelito cuando hablaba de la guerra.

Alejandra se aferró al pañuelo morado que le envolvía el cuello, un triángulo desteñido con hilos rojos que se escapaban como heridas, y buscó con la mirada a los otros pasajeros. El vagón, que tan sólo momentos antes había gozado de vida, estaba vacío. Demasiado vacío.

—Ya va otra vez que me quedo dormida... —murmuró Alejandra. Parpadeó, y entre un parpadeo y otro, el mundo se deshizo y volvió a tejerse.

El aire, que antes olía a desinfectante y chicle, ahora le sabía a carbón y lágrimas secas. El zumbido eléctrico del metro se había convertido en el quejido lastimero de un tren de vapor, como si las paredes del vagón guardaran memorias de otros viajes y, junto con ellos, de otras vidas.

Miró por la ventana.

La noche ya no era oscura, era un lienzo desgarrado con destellos rojos que estallaban en el horizonte, iluminando por segundos el humo que bloqueaba las estrellas. Era tan hermoso como los fuegos artificiales de un festival en la Ciudad de México, pero cada explosión dejaba cicatrices de luz en sus ojos, recordándole que aquello no era un sueño.

El tren se detuvo y el silencio fue peor que el ruido. Fuera, no había andén, no había ciudad, no había nadie. Solo campos abiertos, bañados por esa luz roja que respiraba su calma y la transformaba en extrañeza.

Alejandra apretó el pañuelo morado contra su pecho.

—Esto no es México —susurró, y el ruido del vagón abriéndose se robó su voz.

Pasaron los minutos y cuando Alejandra no vio a nadie acercarse, ni siquiera a un encargado del metro, se armó de valor y se decidió a salir por esa puerta que parecía saber su nombre.

El primer paso al exterior se sintió diferente, no como pisar en un sueño, sino como pisar en una realidad a la que parecía pertenecer desde antes. Recordó a su abuelito y cómo esa misma mañana le había dicho que el valor nacía en los pies y que de ahí se extendía por todo el cuerpo y provocaba movimiento. Alejandra se dejó llevar por él para bajar por completo y ser parte de aquel mundo nuevo que se extendía a su alrededor.

Quiso mirar hacia el metro, pero el tren se había convertido en un único vagón descarriado, del que crecía hierba como si nunca hubiera existido la posibilidad de que alguien pudiera haber salido de entre ella. Las explosiones seguían cantando a lo lejos, como si la guerra fuera un monstruo que respiraba en la oscuridad, esperándola.

Los grillos callaban. Sólo quedaba el eco de las cimitarras, no de insectos, sino de acero, y de un niño. Lo vio junto a un charco, llenando un cántaro con agua turbia, la silueta frágil lucía recortada contra los destellos del horizonte.

—¡Espera! —corrió hacia él, con las palabras brotando antes que su pensamiento—. El agua está muy sucia.

El niño alzó la mirada. Sus ojos eran resplandecientes, unos ojos llenos de astucia infantil y decorados con la misma nobleza que siempre veía en los ojos de su abuelito. Una explosión iluminó el cielo, y por un segundo, Alejandra vio las lágrimas secas en su rostro cubierto de ceniza.

—Imponen, ¿verda' que sí? —dijo el niño, señalando las luces rojas. Su voz era suave, pero parecía esconder sabiduría—. Mi agüelo dice que a donde vamo ya no nos podrán pillá.

Alejandra se arrodilló frente a él. Con el pañuelo morado, le limpió la cara, revelando piel bajo la suciedad. El niño le sonrió con una dulzura que la hizo sentir en casa.

Otra explosión. Esta vez más cerca.

El niño le agarró la mano con la que estaba sosteniendo el pañuelo. Su tacto se sentía tan real como el de cualquier otra persona a la que hubiera tocado.

—¡Vamono' ya! —gritó, con una voz que también se escuchaba real, arrastrándola hacia un grupo de sombras que avanzaban en la oscuridad.

Eran cientos. Mujeres con bebés en mantas raídas, apretados contra el pecho como si su amor pudiera blindarlos contra las balas. Hombres que cargaban a niños en hombros, con sus pequeños pies descalzos balanceándose al ritmo de la huida. Una anciana arrastraba una maleta de cartón atada con cuerdas, y cada vez que tropezaba, alguien le tendía una mano sin dejar de caminar.

Los heridos avanzaban en silencio, aguantando con los dientes apretados porque si paraban por tan sólo un instante, podía ser fatal. Un joven cojeaba, con la pierna vendada con tiras de una camisa. La tela estaba empapada de rojo oscuro. Una madre le cantaba a su hija, una niñita de no más de cinco años que se aferraba con todas sus fuerzas a la mano de su madre, pero la voz se le quebraba cada vez que una explosión iluminaba su rostro marcado por el humo.

Alejandra sintió el peso del pañuelo morado en su mano, aún aferrada a la del niño. Era del mismo color que las bolsas de tela que algunos llevaban al hombro, donde guardaban

fotos rotas, un puñado de almendras, o tierra española en calcetines agujereados.

El niño la jaló hacia un anciano tendido en una camilla improvisada, hecha con sólo dos palos y una manta llena de hoyos. Don Armando respiraba entre jadeos. Tenía los labios agrietados por la sed, pero al ver a Alejandra, esbozó una sonrisa que le partió el rostro en dos.

—¿Me trajite agüita, Miguelillo? —le susurró al niño, con una voz que era más un crujido que palabras.

Miguel le acercó el cántaro a los labios, con mucho cuidado, pero Alejandra lo detuvo. Recordaba que tenía su botella con agua en la mochila y no podía dejarlos beber aquella agua llena de tierra.

—Por favor, tómesela. Sé que no es mucha, pero está más limpia que la otra.

El anciano volvió a sonreírle, como agradecimiento. Alejandra se dio cuenta de que tenía una herida abierta en la pierna, que parecía estar tan sucia como el agua que Miguel había querido darle.

—Déme un segundo. Sé que tienen prisa, pero estudio enfermería en la universidad y me gustaría ayudarlos

—¿Universidad? —repitió Don Armando, como si la palabra le quemara la lengua—. La última vez que vi una... estaba ardiendo. Pero tus manos son mozas aún... y las nuestras ya na' más sirven pa' cargá maletas.

—Nos vamos pa' Méjico —le dijo Miguel, con ojos llenos de alegría—. ¿Tú t'animas?

Dicen que allá hay escuelas sin bombas ni ná.

Alejandra se detuvo, insegura de lo que había escuchado. ¿Irse a México? No sabía de lo que estaba hablando.

—Ya nos tamos quedando rezagao', Miguel —le dijo Don Armando. Se movía con dificultad sobre el catre, como si quisiera pararse. Alejandra tuvo que ayudar a Miguel para hacer que su abuelo se calmara.

Alejandra guardó su pañuelo morado en el bolsillo y le dió su chamarra a Miguel, que estaba temblando por el frío.

—Vamono’ —le dijo Miguel, y esa palabra le supo a destino.

Caminaron toda la noche. Alejandra cargó a niños con fiebre, vendó tobillos hinchados, cantó canciones de cuna mexicanas que sorprendieron a los oyentes y les dieron esperanzas para seguir adelante. Más de uno se preguntó cómo era que una chica con ropa extraña y un acento que no les era familiar estaba ahí con ellos. Quizás había llegado desde México para ayudarlos a llegar, quizás era un fantasma creado por su cansancio y esperanza. Miguel no se separó de su lado, y cada vez que ella tropezaba, su manita callosa la sostenía como un ancla.

—¿Cuánto tiempo llevan caminando? —le preguntó Alejandra, mientras iban cuesta abajo por una colina. Uno de los niños había dicho que no faltaba mucho. El olor de arena y agua salada ya los había recibido. Miguel miró sus zapatos rotos, donde le asomaba un dedo como una raíz extendida.

—Desde que er tren dejó de tené camino y empezó a soñá —susurró, acomodándose con cuidado el catre donde estaba don Armando, que cargaba con ayuda de Alejandra—. Tú llegaste cuando er vagón soñó con nosotros’, ¿o seremos nosotros’ quien lo soñamos a él?

Alejandra miró al campo. Las flores —amapolas, girasoles, hierbas sin nombre— no crecían hacia el sol, sino que todas se inclinaban hacia el mar, como si el océano las llamara por un nombre secreto. Entonces lo entendió. Aquellas flores no estaban muriendo: estaban migrando.

—Es el mismo sueño —murmuró—. El tren, las flores, ustedes... todos van al mismo lugar.

Miguel asintió.

—Mi abuelo me hablaba de España —confesó Alejandra, con sus dedos temblando sobre el catre—. Decía que olía a pan recién hecho y a tierra mojada después del verano. También decía que le gustaba mirar a las jacarandas adornando el paisaje, del mismo morado que su pañuelo.

Miguel se quedó quieto, como si las palabras fueran un pájaro que tenía miedo de espantar, haciendo que Alejandra también se detuviera.

—¿Tu agüelo era de por aquí? —preguntó Miguel, con sus ojos brillando como dos carbones encendidos.

—Sí. De un pueblo cerca de Valencia. Se fue a México desde un barco llamado Sinaia.

El niño sonrió y de pronto pareció más viejo, como si cargara con todos los recuerdos que Alejandra sólo conocía por historias.

Al amanecer, llegaron al puerto.

El barco Sinaia esperaba, blanco y enorme, como un coloso dispuesto a protegerlos en su viaje hacia México. En la proa, alguien había pintado una bandera republicana, y el viento jugaba con sus colores, haciéndolos danzar sobre el agua.

—Ya es la hora —murmuró don Armando, abrazando a Miguel con lágrimas en los ojos.

Alejandra sintió un vacío en el pecho, mientras se preguntaba qué sería de ella ahora. ¿Se quedaría en una España que aún no era, o que ya no era, la suya?

Entonces lo oyó.

A lo lejos, entre los gritos de las gaviotas y las voces emocionadas de las personas, un silbido agudo. El tren. Su tren. Estaba allí, en un andén que no existía, con las puertas abiertas como brazos.

Se volvió hacia Miguel. El niño estaba quitándose la chamarra que Alejandra le había prestado pero ella lo detuvo. Sacó el pañuelo morado del bolsillo y, sin palabras, lo anudó suavemente alrededor de la muñeca de Miguel.

—Este pañuelo fue la fuerza de mi abuelito cuando dejó España. Que ahora sea tu abrazo de bienvenida a México —le dijo, y su voz sonó como el eco de todas las despedidas en la historia—. Aún así, no olvides tu patria. Cuando veas el pañuelo, recuerda las jacarandas. Recuerda de dónde llegaron hacia México y, cómo sus raíces las unen a las que están en España.

Miguel la abrazó. Olía a sal y manzanas verdes.

—Cuéntales que existimo' —le susurró.

Alejandra subió al tren, temerosa por lo que pasaría, pero con una sonrisa que se esbozaba hacia las personas que se despedían de ella desde la costa. Las puertas se cerraron con un suspiro nostálgico, y por la ventana, vio cómo el barco zarpaba, cargando con cientos de vidas hacia un futuro que ella ya había vivido.

El vagón crujió. Los asientos de madera y cuero se volvieron de plástico, el olor a carbón se esfumó, y el letrero sobre la puerta ahora decía “Balderas”. Alejandra abrazó su mochila, pensando en lo que acababa de vivir. Afuera, la Ciudad de México brillaba bajo el sol de la tarde, indiferente y hermosa.

Alejandra respiró hondo. En su cuello, donde antes estuvo el pañuelo, quedaba una leve quemadura, como si la tela morada le hubiera dejado una marca de despedida, que le recordó a su tiempo con Miguel y las personas que había ayudado en esa noche. Sintió las vibraciones en el suelo, mientras se alejaban por la ciudad, y abrazó el aroma metálico al que estaba acostumbrada.

El tren siempre vuelve a pasar, pero solo los que escuchan pueden subir.

